

**EXALTACIÓN DEL VINO Y DE LA POESÍA.
XVI CATÁ DEL VINO NUEVO Y ANOCHECER POÉTICO.
GRUPO ARTÍSTICO-LITERARIO “EL TRASCACHO”**

F. Nieva - 1983

Queridos amigos y paisanos. Temo no se muy elocuente hablando de vino y de poesía. Tanto se ha dicho en torno a lo mismo que es imposible no caer en tópicos y formalismos de circunstancias. Lo que sucede es que el vino tiene para mí resonancias valdepeñeras y es lo más entrañable que os puedo decir. El vino para mí es olor a chilanco en una tarde morada de invierno, con trenes lejanos de paso o en maniobras y el sonar de alguna de aquellas antiguas herrerías. Es un vino triste, un vino de industria, un vino morado y melancólico. ¿Qué queréis? Para mí es así. Tengo una niñez de sopas en vino, de pan con vino y azúcar, una merienda extraña. No es el vino de las poesías anacreónticas, el vino romano de la disolución, el vino pagano de Baco y de Príapo, el vino sutil y erótico de olas poesías arábigo andaluzas. Es un poco vino de misa, vino de sacristía, vino de casino, vino de taberna con un viejo gramófono que difunde un cantar grabado de la Niña de los Peines. Vino de feria con polvo, vino de campanadas al atardecer, vino de Valdepeñas. Es un vino modesto y de poesía triste, de abandono. Pero, eso sí, es el vino que he mamado, el que se ha ido macerando en mi alma. Un vino trágico y realista y, por eso mismo, un vino extraño y poco convencional. Es un vino que, al enranciarse, se vuelve quevedesco, desdeñoso, taciturno. En algún momento feroz y, si se me permite el juego de palabras, buñuelesco, de Buñuel y de buñuelo. Vino para acidular más el estómago si va acompañado de unas berenjenas. Claro, por todo lo que digo, veréis que es un vino entrañable, el vino de mi corazón. En él llevo este bueno y este mal vino heredado con las ansias, las penas, y los pecados de mis mayores, todos manchegos, tercos, amigables, realistas y... desconfiados. Vino cazurro. Y, muchas veces, no vino sensual sino rijoso. A veces también, vino de brindar por los muertos. Por los muertos se ha brindado mucho con vino de Valdepeñas por toda España. Vino de guitarrón antiguo en manos de un ciego. Vino de monjas que lo beben en la oscuridad y el incógnito. Vino para todos los monaguillos ladrones de España.

Vino para cantar conduciendo una mula. Vino de caminos. O, mejor, de senderos. Los senderos de mis venas llevan vino de Valdepeñas. Es un vino de canturreo solitario y cabezón. Vino de estepa y de llanura. Vino de fandanguillo lejano. Vino, a la vez, doloroso y fuerte. Vino también para matar. Incluso para matar por amor. Pero también vino rencoroso, vino de puñalada. Sí, queridos amigos, este es mi vino ¿Para qué lo voy a negar. Y no lo niego, sino que lo afirmo. Este vino también lleva su poesía, tanta como el ajeno de Verlaine, porque es un vino para la tristeza de viudo de Antonio Machado y para la tristeza de soltero de mi entrañable Juan Alcaide. Por él y por todos los poetas que aquí concurren, acogidos por “El Trascacho”, levanto mi copa de vino para que todos seamos brutal y bellamente amigos como hombres que, al fin y al cabo, llevan una granada rota en el corazón. Por vosotros y por el nuevo vino de Valdepeñas.

Francisco Nieva. 3-12-1983